

Xavier Carbonell

*Diálogo con Susana
Carreras Gómez*

Una guagua vibrante y centenaria atraviesa el campus de la Universidad Central. Los profesores (y más de un estudiante) que han logrado sobrevivir a feroz carnicería sobre ruedas aterrizan en un pueblo de tejas rojas y sudoraciones casi escatológicas. La dama que baja en último lugar parece haber escapado del calor y del óxido. Nada en ella delata la crudeza de la travesía: su blusa blanca sigue impecable, toma el bolso con elegancia británica y se ajusta los espejuelos de pasta negra.

La conozco desde niño. Cuando tenía dieciséis años le expliqué febrilmente que necesitaba aprender latín y que la cosa era urgente. Ella, con calma, desempolvó un libraco y me lo puso en las manos. Era la *Introducción al latín* de Luisa Campuzano. Yo no podía adivinar que tres años después me sentaría en el aula 25 de la Facultad de Humanidades, ante las miradas severas de Cicerón y Homero, con una nueva edición del libro.

—Usa el que yo te di —advirtió, mirándome por encima de los espejuelos—. Este no puede tener más erratas.

Las guadañas del latín empezaban a cobrar las primeras víctimas en mi grupo de Letras, pero todos esperábamos las lecciones de la doctora Susana Carreras, que una colega, fiel

a la taxonomía criolla, definió como «la profesora más chévere que hemos tenido».

Susana Carreras es una de las pocas sobrevivientes de la especialidad de Letras Clásicas, que se enseñaba en la Universidad de La Habana. Me la imagino en la Santa Clara de los setenta, cuando llegó de la capital, deshilando el laberinto lingüístico junto a Alfaro, Gemita o Ricardo Reyes, todos recién estrenados en Marta Abreu.

Cuando la guagua medieval nos arroja en Independencia, subimos por la misma calle conversando sobre Leonardo Padura («un muchacho siempre inquieto»), Luis Álvarez («el único graduado de su año») y Pablo Milanés. Hace un tiempo se jubiló, pero asegura que ha engordado tres libretas de apuntes para escribir, algún día, la novela de su vida. Esa novela tendrá personajes de aquí y de La Habana, del tiempo en que «los dioses caminaban por la tierra», como ella dice.

Sin embargo, quizás lo más admirable de la profesora Susana sea la llaneza con que se sienta a conversar con los amigos, al final de la tarde, en la misma casa y en el mismo barrio donde vive desde que tengo uso de razón. El domingo se le puede ver en misa y si alguien le pregunta cómo van los negocios del alma, ella nos remite a un dominico octogenario que conoce en Trinidad:

—Todo anda bien, Flor de Loto. Hace rato que me confesé con el padre Cirilo.

Hoy me toca ser la esfinge que interroga a esta mujer, a quien se le ilumina el rostro cuando habla de su nieto Sebastián. Puede ser que un dulce de coco nos acompañe en la salita de su casa y que los temas fluyan desde los verbos irregulares de la glosa helénica, la familia, los chismes más picantes sobre conocidos comunes, hasta la invariable pregunta: «¿Y cómo están las cosas por allá, por la universidad?»

Profesora, ¿cómo era la niña Susana, cuando no sabía Latín ni declinaba en griego?

¿La verdad? Yo creo que era medio autista, lo que pasa es que entonces no se había «inventado» esa condición. Siempre estaba muy callada, escuchando a los mayores cuando contaban historias y sucesos interesantes (solo entonces me dejaban estar presente, no era como ahora). Desde entonces, sin saberlo, era

seguidora de la frase *Tacendum est, si sapientiores docent*. También me gustaba la televisión, y recuerdo los nombres de todos los artistas y personajes de las series de aventuras, de los muñequitos, de los comerciales. En resumen, me expresaba poco, pero absorbía ferozmente todo lo que me rodeaba.

¿Qué motivos tuvo una muchacha camajuanense para estudiar Filología en La Habana? ¿Cómo perfiló su vocación hacia la literatura y las letras clásicas?

Bueno, cuando empecé a aprender a leer, mis padres me pusieron a aprender inglés con la mejor profesora de idiomas que he conocido, Edel Arencibia, quien muchos años después también me enseñaría francés en la escuela de idiomas. Y desde pequeña tuve mucha facilidad para aprender idiomas, por los que siempre he sentido pasión.

También tenía el hábito de leer, heredado de mis padres. La primera novela completa que leí fue *Los naufragos del Liguria*, estando en la primaria. Y me sentí tan feliz de haber vivido esa experiencia a través del libro, que ya no pude parar. Primero Verne y Salgari, Wilkie Collins, los clásicos policíacos. También Corín Tellado cuando empecé a enamorarme, que no fue muy tarde por cierto. Recuerdo que mi madre no quería que le dijera a nadie que había leído *Las Honradas y Las impuras*, en séptimo grado. Ya sabes cómo era eso. También tuve una etapa dedicada al realismo socialista, porque me gusta que el cuento me lo hagan en detalle, por eso era fanática de Víctor Hugo, con quien aprendí a hacer todos los nudos marineros.

Pero siguiendo el hábito de «absorber», la literatura me gustaba más para disfrutarla que para enseñarla. Lo que yo quería estudiar era Biología, de la cual me había enamorado gracias a mi padre, que me tomaba de interlocutora de sus reflexiones y sus planes de hacer flores con mi nombre y el de mi mamá.

Por eso, cuando estaba terminando el preuniversitario, prematriculé Ciencias Biológicas. Entonces no se hacía examen de ingreso, sino una prematrícula, y se hacía un escalafón provincial con el promedio de los tres años de pre. Pero cuando la profesora de Español se enteró de que yo no iba a estudiar una carrera de Humanidades, habló conmigo, y me dijo que no tenía que ser literatura, que había la oferta de una carrera llamada Literatura y Lenguas Clásicas, y que si me gustaban los idiomas iba a tener acceso a todos a partir del

conocimiento del griego y del latín. Y nunca me alcanzará el tiempo para agradecerle aquella conversación. Inmediatamente cambié la boleta de prematrícula y ya sabes lo que sucedió.

¿Qué recuerda de sus tiempos en la capital? ¿Qué amigos conserva de aquella época?

Le doy gracias a Dios por haber estudiado en la Universidad de La Habana. Como tú dices, entonces todavía los dioses andaban por la tierra. Ahora los estudiantes hacen la práctica laboral durante un mes al final del semestre. Entonces trabajábamos todos los días del curso en una sesión y en la otra recibíamos las clases. Yo trabajaba en Extensión Universitaria, en la sección de literatura, al mando de Bernardo Callejas, un escritor cubano no muy mencionado, pero con una formación cultural exquisita y con un oficio de la escritura impecable. Aunque yo aún no sabía el tesoro que la vida me estaba regalando, a él y a Elina Miranda les agradezco el gusto por la perfección formal, aunque en los últimos tiempos, y no pocas veces, ha amenazado con provocarme un derrame cerebral, sobre todo cuando escucho a locutores y otros personajes importantes apaleando el idioma.

El trabajo en Extensión Universitaria me permitió, a través del concurso «13 de Marzo», conocer a los mejores intelectuales de La Habana: Félix Pita, Eliseo Diego, José Antonio Portuondo, Juan Marinello, Alejo Carpentier, los hermanos Aguirre, Salvador Bueno. Entonces conocí como concursantes, no como jurado, a Reina María Rodríguez, Enid Vian, Mayra Vilasís, Exilia Saldaña.

En la sección de música trabajaba mi compañera de carrera Silvana Garriga, excelente estudiante y bellísima persona, al mando de Pablo Milanés, que fue un buen amigo siempre. Silvana es hoy día una de las mejores editoras que tiene Cuba. El departamento de edición lo dirigía Ambrosio Fornet. Y la directora del Centro era Nara Araújo, que sustituía a Fayad Jamís. Ya te digo, personas muy especiales. Recuerdo también a Tomás Bretón, que dirigía el departamento de divulgación y había participado mano a mano en las luchas estudiantiles con Fidel Castro y Alfredo Guevara y que exhibía con orgullo en su buró, debajo de un cristal, una foto con ellos. Con él pude «absorber» mucha información sobre esos sucesos.

De mi grupo eran Arturo Arango, Abilio Estévez. Un poco más adelantados estaban Luis Toledo Sande, Carlos Martí, el Guille Vilar, Salvador Redonet. Abel Prieto había acabado de graduarse cuando yo empecé, y aún estaban frescas en los pasillos las anécdotas sobre su inteligencia y su actitud rebelde.

Unos años más joven era Leonardo Padura, a quien no recuerdo de otra manera que corriendo por los pasillos de la escuela, con un pelo hirsuto flotando detrás de él. Mi mejor amiga era Carmen Hernández Peña, escritora avileña que aún conservo entre mis mayores afectos. Pero, aunque éramos más de ochenta en el grupo general, y había muchos intereses diversos, puedo decir que éramos un grupo unido, y seguimos recordándonos y tratándonos con un afecto muy especial.

En nuestras clases hablábamos de Elina Miranda y Daniel Chavarría, paradigmas en la enseñanza de la filología clásica en Cuba. ¿Cuáles fueron sus otros profesores? ¿Qué ve de ellos en usted?

Bueno, dentro de la misma especialidad teníamos a las doctoras Vicentina Antuña y Elena Calduch, de carácter aparentemente fuerte, pero nos trataban con un afecto casi maternal. Imagínate, éramos tres, tres flacos becados y hambrientos, y lo mismo nos invitaban a merendar a sus casas que nos daban un cigarrito para que resistiéramos hasta las ocho de la noche, hora en que terminaban las clases. Y la doctora Antuña nos llevaba en su Peugeot blanco hasta la beca para que no nos cerraran el comedor.

También recibimos Literatura Latina de parte de Luis Álvarez Álvarez, recién graduado, siempre una estrella. Y como gozábamos del privilegio de ser condiscípulos de su novia, Olga García Yero, nos compraba cajas de cigarros *Populares*, y hasta nos hacía la fineza de compartir con nosotros alguna cena de espaguetis con sal, servidos en pomo de boca ancha.

De Chavarría ni te cuento. Nos dio Métrica Latina, y tocaba conga en el buró cuando Antonino Cabanelas, un excelente muchacho, pero que no había recibido del cielo ni una pizca del don del ritmo, tenía que medir a Catulo o a Tibulo.

La Historia General nos la daba el carismático Gustavo Du Bouchet, a quien le gustó tanto el grupo, que pidió impartir los cuatro semestres. Yo le tenía pánico, pero aprendí mucho con él. Teníamos que ir al programa *Escriba y Lea* por una lista que él hacía, y allí presumía con la doctora Ortiz y el doctor Galí

Menéndez, de que sus alumnos iban a verlo. Nosotros adorábamos su vanidad y le seguíamos la corriente.

Y como la Escuela de Letras y Arte era un centro de referencia cultural latinoamericana, allí recibimos conferencias magistrales de Julio Cortázar, Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti, Francisco Rodríguez Adrados. Y los últimos turnos de la tarde eran asimismo los primeros turnos de los estudiantes del curso nocturno, entre los que se encontraban Nicolás Dorr, Marianela Boán, Gina Cabrera, Erwin Fernández, Maritza Rosales, Julito Martínez y hasta Nitza Villapoll, que por cierto, era una alumna excelente.

¿Cuándo llegó a la Universidad Central? ¿Qué enseñaba aquella joven maestra que recién llegaba de La Habana y cómo la recibieron en el claustro?

Llegué a la Universidad Central en septiembre de 1977. Recuerdo que me pasé dos meses preparando la primera clase, que debía durar dos turnos de cuarenta y cinco minutos cada uno, y antes de que terminara el primero ya no tenía nada que decir. Ese día cogí un taxi en Camajuaní, y el chofer pensó que yo tenía fiebre, porque había tremendo calor y a mí me fueron chocando los dientes todo el camino.

El claustro me recibió muy bien, y aprendí mucho con todos (ya sabes, «absorbiendo» siempre). Recibí muchos dos en los primeros tiempos, pero de cada uno tomé la enseñanza. Nunca me ha molestado que me critiquen y que me enseñen. Al contrario, lo agradezco muchísimo.

Lo primero que hice fue dar Latín en el Pedagógico, porque la profesora de allá tenía licencia de maternidad y nos pidieron ayuda. Al mismo tiempo, impartía Literatura General I (griega y latina) en Letras. Por suerte lo de la literatura duró poco, porque entró otra profesora al departamento y entonces yo empecé a impartir dos semestres de Latín y dos de Griego.

¿Qué momentos recuerda con mayor ternura de todo este tiempo en la UCLV?

Mis relaciones con los estudiantes. Después de mi familia, son las personas que más quiero en este mundo. Excelentes, buenos, regulares, malos estudiantes; bellísimas personas, y a veces no tan bellas; agradecidos unos y otros no, siempre he tratado de entenderlos, de comprender qué los mueve a ser como son. Es probable que yo tenga el récord de alumnos de

Letras en «mundiales»; nunca toleré el fraude; muchas veces los hice llorar, y lloré con ellos, pero sé que casi todos me quieren, porque las personas somos capaces de percibir el verdadero afecto.

¿Cómo llegó al latín botánico y al trabajo con los biólogos?

Un día llegó al departamento de Letras un funcionario del Jardín Botánico de nuestra Universidad, solicitando un curso de Latín que les permitiera capacitarse en el uso de esta lengua para la práctica botánica.

Yo me ofrecí con muchísimo gusto (no todos los días aparece alguien pidiendo aprender Latín). Los botánicos y yo pensábamos que iba a ser muy fácil y sencillo. Pero cuando empezamos a intercambiar información, nos dimos cuenta de que el asunto llevaba tiempo y planificación. El caso fue que yo abandoné un tema de doctorado que venía desarrollando desde hacía dos años, muy lindo, pero no muy práctico, y me apliqué en el estudio y enseñanza (paralelamente) de la lengua latina (y la griega a través de la latina) que se emplea en la Botánica.

Y puedo decir que pocas veces recibí tanta satisfacción en mi labor docente, ante el interés, la gratitud, la utilidad que vi en los resultados de mi trabajo, que como te dije marchaba paralelamente al de los estudiantes, porque cada clase era una sesión de aprendizaje y cotejo por ambas partes.

En realidad lamento mucho que todo lo que aprendí se vaya conmigo, porque somos tan pocos los profesores de Latín que quedamos en Cuba, y puedo decir que en el mundo; y ha habido tan poca comprensión del valor de ese conocimiento por parte de los que pueden compartirlo y enriquecerlo, que creo que se va a ir conmigo a la tumba. Es triste.

¿Qué siente que le ha dejado a la Universidad Central?

Bueno, en primer lugar me viene a la mente aquella frase que mi madre siempre tenía en la boca: «Ayúdate, y Dios te ayudará». No hay que sostenerse esperando la compasión de los iguales. No abunda entre los seres humanos la nobleza de espíritu que les permite reconocer «ahora te toca a ti». Pero si logras ponerte en el lugar de los demás, si logras conservar la paciencia y la alegría, si te sigue importando ayudar al prójimo, entonces puedes ser feliz dondequiera que estés. Esa convicción ha sido mi más importante título universitario.

Usted repite en clases un chiste de Chavarría, que nunca pudo entender cómo alguien que no supiera latín ni griego podía levantarse por la mañana, ir a la bodega, comer, respirar, etc. En un momento en que se considera que ambas son, sino lenguas muertas, por lo menos moribundas, ¿qué sentido tiene seguir estudiando lenguas clásicas hoy día?

Fíjate bien, todavía eres mi alumno, así es que tenemos pendiente un seminario para discutir eso de «moribundas». La respuesta a esa pregunta podría tomar hasta un semestre. Un semestre en que se enseñe un poco de idiomas, un poco de literatura, filosofía, historia, arquitectura, derecho, medicina, desde una perspectiva clásica, de manera que los alumnos puedan conocer que el camino del conocimiento general se hace mucho más fácil cuando dominas paradigmas universales que les permiten llegar a él. Esos paradigmas universales están en la cultura grecolatina, y por supuesto en su vehículo: las lenguas clásicas.

Después de tantos años de magisterio (y aunque la respuesta la ponga a caminar sobre la navaja), ¿a qué alumnos y colegas recuerda con más cariño?

Bueno, parece que ya me venía preparando para esa respuesta. Si he logrado la compasión, si he podido entender por qué cada uno actúa como lo hace, puedo decir que a todos los recuerdo con cariño. Pero puedo mencionar a algunos por los que nadie va a sentir celos: mi tutor, el doctor Juan Virgilio López Palacio, el doctor Ordenel Heredia, el doctor Francisco Rodríguez Alemán, el doctor Manuel Costa, son personas especiales a las que todos hemos querido y respetado. En cuanto a mis alumnos, ya sabes. Los padres no distinguen entre los hijos. Los firmes, los pródigos, los afectuosos, los despegados: queremos a todos por igual.

¿Qué le gusta leer a una helenista-latinista? ¿Cuál es su libro favorito?

Bueno, a estas alturas ya no leo muchas novelas. Estoy de vuelta de la ficción, ya he tenido mucho de ella. Ahora he desarrollado una definitiva predilección por la historia, que siempre me ha gustado. Y mi libro favorito es irrefutablemente *Ilíada*.

Susana Carreras es doctora en todas las ciencias sagradas y profanas, excursionista al mundo de Odiseo y ahora ha entrado al club de las abuelas, diríamos, clásicas. Sin embargo, siempre vuelve a su

Ítaca, o sea, a esos sillones donde hablaba con usted cuando era niño, a esa casa en el pueblo, a las calles siempre iguales y a la amiga con quien disfruta la telenovela (sin el auxilio inoportuno de la narratología). ¿Por qué?

No estoy decepcionada de la vida, no reniego de mi dedicación al estudio, no me arrepiento de haberle robado tantas horas al sueño y al descanso, a veces para encontrar solo un dato que pocos alumnos valoran en la clase. No me parecen tontos ni ridículos los que se desviven por buscar el conocimiento.

Creo que si soy tan feliz conversando en el portal con mis vecinos, «absorbiendo» sus experiencias cotidianas, ayudando a mi hija a cuidar a mi nieto, horneando un cake de mantequilla, resolviendo un crucigrama, bordando una blusa de guinga, es porque estoy en paz con mi vida. Y no creo que yo sea un caso aislado. Siempre recuerdo aquel personaje de Bertolt Brecht que era tan culto que estaba a punto de volver a comer con las manos. Pero, no creas, a veces siento una gran nostalgia de un interlocutor como tú, por ejemplo, que se interese por conocer un poco de lo que me ha costado tanto trabajo aprender.